

Continuidad de la nueva ola progresista y sus repercusiones

El inicio del nuevo siglo marcó un período de cambios significativos en la política latinoamericana. Uno de los cambios más destacados fue la llegada al gobierno de fuerzas políticas de izquierda que lograron victorias electorales resonantes en medio de crisis económicas sistémicas y amplias movilizaciones populares.

Después del éxito de Hugo Chávez en Venezuela en 1999, siguieron una serie de cambios significativos en la región. En enero de 2003, Lula Da Silva asumió la presidencia de Brasil, seguido por Néstor Kirchner en Argentina en mayo de 2003, Tabaré Vázquez en Uruguay en marzo de 2005, Evo Morales en enero de 2006, Michelle Bachelet en marzo de 2006, Rafael Correa en enero de 2007 y Daniel Ortega en enero de 2007.

En este período en que gobernaron se lograron significativos avances a nivel económico y social en beneficio de los sectores populares todo lo cual está registrado en diversas estadísticas oficiales y, lo que es más importante, en el corazón de los pueblos.

Durante estos años, que el saber popular después denominó como la década ganada, buena parte de la agenda continental estuvo definida por la recuperación de derechos por parte de las mayorías eternamente postergadas y también por el corrimiento del discurso público hacia posiciones de izquierda.

Esto sucedió y todos recordamos los horizontes que se disputaban. También, con el tiempo, fuimos aprendiendo los límites a **los** que nos enfrentábamos y las dificultades que teníamos.

Ese tiempo transitado muchas veces con clima de esperanza fue cediendo hacia un derrotero posibilista, se fueron achicando los márgenes de acción y de conquista y simultáneamente se fue achicando la agenda, las políticas, las acciones y los sueños. La “realidad”, o la idea de “realidad” que nos hicimos, fue conquistando espacios y agendas, tiempos y terrenos.

Después vino lo que todo sabemos. Para ser sintéticos y solo referirme a hechos políticos que significaron o pudieron significar rupturas constitucionales, todos recordamos el golpe de Estado contra el presidente hondureño Manuel Zelaya en junio de 2009, amparado como siempre por los Estados Unidos, el intento de golpe de Estado contra Rafael Correa en Ecuador, en septiembre de 2010, el golpe de Estado contra el mandatario paraguayo Fernando Lugo, en junio de 2012, el golpe de Estado contra la presidenta brasileña Dilma Rousseff, en abril de 2016. Años después, en 2019, un golpe de Estado derroca, con el apoyo de la Organización de Estados Americanos, al gobierno de Evo Morales en Bolivia tras ganar legítimamente las elecciones.

En 2015 el ex presidente de Estados Unidos, Barack Obama, dirigiendo los dardos muy certeramente decreta que Venezuela es una amenaza “inusual y extraordinaria”, e inicia el camino de las sanciones unilaterales que se ha ido

agravando y se mantienen contra la nación que era liderada por Hugo Chávez y que había sido clave en el inicio, el desarrollo y la consolidación del proceso de integración regional.

También en 2015 llegaba el empresario derechista Mauricio Macri a la presidencia de Argentina mediante elecciones generales y después de liderar por años una oposición violenta con ínfulas destituyentes.

Por ponerle una fecha, podemos decir que la primera ola progresista llegaba a su fin en 2016 con el golpe de Estado contra Dilma Rousseff. A partir de allí Brasil, que había liderado conjuntamente con Venezuela y Argentina el proceso de integración regional en Sudamérica, pasaba a poner el freno y liderar la reacción.

Respaldados por sus pueblos, los procesos políticos transformadores con una base social mucho más firme y una voluntad de cambio mucho más profunda continuaron al frente de los gobiernos en Venezuela y Nicaragua. Continuaron, sí, pero la agresión contra ellos se multiplicó.

Como siempre, el faro de la dignidad que representa Cuba está presente y nos sigue mostrando cómo batallar a pesar de las múltiples dificultades y la agresión permanente del imperialismo norteamericano.

Todo esto pasó en relativamente poco tiempo. Desde mediados de la década pasada el proceso integracionista de América Latina se frenó e incluso tuvo un declive importante. Quizás hoy se pueda pensar en la posibilidad de un resurgir, pero con características distintas tras la victoria del Presidente Lula en Brasil.

Hoy vivimos una nueva etapa que muchos consideran como la segunda ola de gobiernos progresistas. Aunque los sueños siguen intactos y la lucha de los pueblos por construir una sociedad con justicia social continúa, las posibilidades inmediatas no son las mismas porque las condiciones políticas no lo son.

El retroceso respecto a los avances obtenidos en infinidad de áreas es notorio, tanto en términos económicos, como sociales, culturales y políticos. Para enfrentar esta situación necesitamos gobiernos y organizaciones muy fuertes y creemos que en muchos casos nuestra fragilidad ha aumentado y nuestros niveles de coordinación y de integración han disminuido. En muchos casos nuestro horizonte también es más estrecho.

En los últimos años han llegado gobiernos populares en Bolivia, Perú, Chile, Colombia, Brasil, Honduras y recientemente Guatemala y quiero decir que estas victorias son esperanzadoras siempre y cuando puedan expresar los deseos, las necesidades y la unidad de nuestros pueblos.

No todos los gobiernos expresan ideológicamente lo mismo, no hay modelos, no hay procesos idénticos, ningún pueblo es igual a otro. Pero todos compartimos los mismos sufrimientos y todos compartimos enemigos. En la

búsqueda de las soluciones para mejorar las condiciones de vida de las grandes mayorías las opciones políticas que se construyen son las que la realidad concreta determina.

Es posible que las experiencias, los alcances y los logros de las políticas de unos gobiernos sean mayores que las de otros, las condiciones de partida son siempre distintas, las realidades económicas, políticas, sociales y culturales son variadas pero cada uno se mueve en el arco de posibilidades que su pueblo ha logrado construir.

En Uruguay la construcción de la unidad de la izquierda en el Frente Amplio lleva ya 52 años y todos los días hay que trabajar por ella. Es un proceso que tiene múltiples dificultades y claramente no es ajeno a los errores. Algunos son más graves que otros, pero todos ayudan a construir la Unidad. Venimos de cientos de batallas con victorias maravillosas y durísimas derrotas. No somos quiénes para dar lecciones a nadie, pero podemos transmitir modesta y humildemente nuestra experiencia que nos dice que la unidad de las fuerzas populares en cualquier caso y terreno, es la condición indispensable para el avance de los pueblos.

Creemos que no hay atajos, ni soluciones mágicas.

Vivimos una segunda ola progresista porque han accedido a los gobiernos de muchos países de América del Sur partidos o coaliciones que representan los intereses de las grandes masas sociales. Pero es una nueva ola con características distintas, más fragmentada, más dialoguista, menos reivindicativa, quizás, a la que aún le falta cohesión y una mayor perspectiva liberadora, probablemente porque son acuciantes los problemas internos.

Esta segunda ola podrá convertirse en un mar de transformaciones que abarque a todo el continente si entendemos que nuestro poderío y la profundidad de nuestros cambios es mayor si es en clave colectiva e imposible si no es con la unidad de todas las fuerzas y sectores populares.

Por supuesto que la unidad de América Latina no estará exenta de sinsabores, de problemas, de reclamos entre nosotros mismos, pero siempre hay que recordar que cada uno de nosotros, solo, no vale nada y que el enemigo común, el sistema capitalista, el imperialismo norteamericano y las oligarquías nacionales, revive con nuestras disputas, se alimenta de nuestras divisiones, crece cuando nuestras diferencias se profundizan. El enemigo común trabaja en profundizar nuestras diferencias y no admitirlo es conspirar contra nosotros mismos.

Creemos que es importante apostar por una integración y coordinación efectiva entre los gobiernos populares y entre las fuerzas populares y para eso debemos reconocer nuestras diferencias y conocer nuestros objetivos. Consideramos que, si nos enfocamos más en lo primero que en lo segundo estamos colaborando, sin quererlo, con las fuerzas regresivas.

Como señalara nuestro querido Rodney Arismendi: "Todo Frente, toda alianza, trae consigo la consideración de problemas de unidad y de lucha ideológica. Pero la lucha ideológica, tiene límites, debe ser puesta al servicio de la unidad. De lo contrario es divisionismo".

Es válido, natural e inevitable que tengamos proyectos locales distintos anclados en las particularidades de nuestros pueblos, en los niveles de avance o retroceso en que se encuentren, pero tenemos que tener un horizonte común de búsqueda de justicia social, de paz y solidaridad, de democracia, de libertad y de trabajo.

Creemos humildemente que cuando se agitan las diferencias se atenta contra el horizonte común y cuando se atenta contra el proyecto común se alimenta el divisionismo. No se trata de ocultar nuestros debates, se trata de saber cuándo y cómo darlos y si contribuyen o no a la construcción de un proyecto colectivo común. Tenemos que construir las condiciones de posibilidad de ese proyecto y cualquier desvío es funcional a la reacción.

Creemos que hay que estudiar dónde estuvieron los límites de la primera ola, qué posibilitó la restauración conservadora, por qué nos detuvimos, cuáles fueron los errores, en dónde estaba la fuerza y dónde las mayores debilidades. Sin dudas que el enemigo opera, trabaja, destruye, pero lo seguirá haciendo siempre. Es importante lo que hace, pero mucho más trascendente es qué hacemos nosotros para fortalecer nuestras filas.

Nuestra experiencia nos dice que sin una autocrítica real sobre estas cuestiones no será posible avanzar porque probablemente cometamos los mismos errores. Nosotros en el Frente tuvimos grandes falencias e hicimos una autocrítica muy importante tras perder el gobierno después de haberlo ganado en tres ocasiones consecutivas y reconocemos errores. Y esto vale para todos nosotros.

Creemos modestamente que no habrá proyecto profundo sin disputa de poder y no habrá disputa de poder sin una real lucha política que se da en el marco de la lucha de clases.

La profundidad de la lucha en la mayoría de nuestros países no la da el mayor o menor avance que se logre en debates parlamentarios exclusivamente, porque en definitiva son debates existentes en los marcos de una estructura jurídico-política al servicio de la clase dominante .

Consideramos que estos debates son muy importantes, necesarios y hasta imprescindibles para la lucha política pero modestamente creemos que no radica solamente allí nuestra fortaleza. La cercanía y la construcción del marco de posibilidades que permita avanzar en la democratización de las relaciones económico-sociales y el desmontaje del aparato burocrático-represivo del estado burgués es con el pueblo organizado.

Esa es la fortaleza que permite el avance profundo y creemos que es quizás la mayor enseñanza que nos puede dejar la primera ola de gobiernos progresistas. No se trabaja para el pueblo, se trabaja con el pueblo.

Profundizar la democracia en momentos en que el embate conservador de derecha, siempre reaccionario, antidemocrático, injusto y egoísta pugna por emerger, es fortalecer la lucha popular, no frenarla ni edulcorarla con promesas de justicia futura.

Creemos que construir una democracia avanzada, como proponía Rodney Arismendi, **y propone el PCU como toda una etapa histórica de acumulación de fuerzas**, es saber construir colectivamente una táctica y una estrategia que determine cuándo es posible mayor amplitud y cuándo mayor profundidad en una relación que siempre es dialéctica. Aprender cómo y cuándo es una tarea que no se agota nunca.

Es saber que la lucha, si es real, más tarde o más temprano, entraña una sustitución de clases en el poder y una modificación de las estructuras económicas y jurídicas y de las relaciones sociales existentes. Pero para todo esto la unidad es una condición indispensable. Con unidad todo es posible, sin unidad nada será.

Creemos modestamente que la segunda ola de gobiernos populares debe ubicarse claramente frente al enemigo imperialista, reconocer que existe. La derecha y el imperialismo actúan sin tapujos, corren los límites hacia el fascismo y lo que era impensado en tiempos de la primera ola hoy parece ser moneda corriente. Ya vimos a la ultraderecha y al fascismo en Brasil, ya vimos su accionar en Bolivia, ya sabemos cómo actuaron en Colombia y en Perú donde incluso hoy continúa preso el Presidente Pedro Castillo para quien exigimos la libertad. También sabemos cómo piensan actuar si ganan en las próximas elecciones en Argentina.

Es otra la situación continental que tenemos. Nuestras propias debilidades, nuestras apelaciones a la paciencia y la comprensión, pueden encontrar un límite cuando las bases sociales que sustentan los proyectos populares se hartan, ya no por diferencias ideológicas, sino porque no son parte activa del proyecto popular.

Cuando eso sucede llegamos a la derrota que, aunque nunca es definitiva, siempre es difícil de superar. Avanzar en democracia es trabajar en igualdad de condiciones con el pueblo.

Por último, creemos que los gobiernos progresistas de esta segunda etapa tienen la responsabilidad histórica de avanzar en la democratización efectiva de las sociedades, que es algo mucho mayor que acudir a las urnas cada cierto período de tiempo. Por supuesto que sabemos las dificultades que esto entraña y reconocemos que nos debemos una discusión profunda sobre qué democracia defendemos, a qué aspiramos, con qué nos conformamos. Desde nuestra perspectiva, la ampliación de la democracia, su férrea defensa y

respaldo, implica la conquista efectiva, no meramente declarativa, de mayores niveles de justicia social y ampliación de derechos para todos y todas.

Creemos que cuanto más se avance en este proceso democratizador mayor será el compromiso popular con los gobiernos de la segunda ola y mayor será la reacción de la derecha. Cuanto más participe el pueblo, cuanto más decida, mayores desafíos tendrá. Esto nos enseña también que hay que hacer pedagogía política, hay que educar en una nueva ética, hay que practicar la solidaridad, hay que generar nuevos marcos de convivencia, hay que explicar y hay que escuchar mucho. Hay que admitir cuando nos equivocamos.

La construcción de una sociedad nueva no es una tarea sencilla, pero es la única tarea. Cualquier atajo es regresión y los pasos en falso se pagan con años de conquistas.

Mateo Grille
Partido Comunista de Uruguay